

sino que es preciso meditar muy de asiento y a diario en las penas que padeció el Señor por amor nuestro. Y ¿cuáles penas padeció? *Tal contradicción sostuvo*, dice el Apóstol, para recordarnos que Jesucristo, merced a tales contradicciones, se convirtió en expresión del profeta, en *abandonado de los hombres y varón de dolores*, hasta tener que morir de puro dolor y saciado de oprobios en un patíbulo propio de malhechores. Y ¿por qué quiso Jesucristo abrazarse con tal cúmulo de dolores y vituperios? *A fin de que no desfallezcáis*, pues al ver lo que Dios quiso padecer para darnos ejemplo de paciencia, no debemos cansarnos de sufrir, a trueque de no caer en pecado.

El apóstol San Pablo, para alentar nuestra flaqueza, nos dice: *Todavía no habéis resistido hasta derramar sangre luchando contra el pecado*. Mirad que Cristo derramó por vosotros su sangre en la pasión a puro tormentos, y que los mártires, a ejemplo de su rey, soportaron con fortaleza las planchas ardientes y las uñas de hierro que asaban sus carnes y arrancaban sus entrañas, en tanto que vosotros aun no habéis derramado por Cristo ni una gota de sangre, y, esto no obstante, debéis estar aparejados a perder hasta la misma vida antes que ofender a Dios, como decía San Edmundo: «Antes prefiero ser arrojado a una gran hoguera que cometer un solo pecado contra Dios», o como decía San Anselmo, arzobispo de Cantorbery: «Puesto en la alternativa de padecer todos los dolores corporales del infierno o cometer un pecado, antes que cometerlo me lanzaría al infierno».

El león infernal no cesa de rodearnos toda la vida para ver de dovorarnos, por lo que San Pedro dice que para resistir a sus ataques hemos de armarnos con el pensamiento de la pasión. Santo Tomás decla-

ra que el solo pensamiento de la pasión es una gran defensa contra todas las tentaciones infernales. Y San Ambrosio, o el santo que fuere, escribe que «si el Señor hubiera conocido que para salvarnos hubiera habido mejor medio que el padecer, a buen seguro que nos lo hubiera dado a conocer con el ejemplo y con la palabra»; pero, al caminar delante de nosotros con la cruz a cuestas, demostró no haber medio más a propósito para alcanzar la salvación que sufrir con paciencia y resignación; y de esta manera quiso darnos ejemplo manifiesto en su propia persona.

Al contemplar los grandes tormentos que padeció Jesucristo, dice San Bernardo que se truecan en livianos los nuestros. Y en otro lugar añade: «¿Qué tribulación, por grande que sea, no ha de parecerte liviana cuanto te pones a contemplar todas las amarguras de tu Señor?» Santa Delfina preguntaba en cierta ocasión a su esposo, San Eleázaro, cómo podía llevar con tranquila paz tanto cúmulo de injurias como le dirigían, a lo que él respondía: «Cuando me veo injuriado, pienso en los insultos que dirigieron a mi Salvador crucificado, y no pierdo de vista este pensamiento hasta que logro recobrar la calma».

Las almas que se esfuerzan por agradar a Jesucristo, se complacen, dice San Bernardo, en abrazarse con los desprecios que reciben. ¿Quién rehusará aceptar alegremente los desprecios y ultrajes si considera los malos tratos que recibió Jesucristo al principio de su pasión, cuando en el palacio de Caifás le *escupieron en su rostro y le dieron de puñadas, y otros le abofetearon, diciendo: «Profetizanos, Mesias, ¿quién es el que te dio?»*

¿Por qué los mártires soportaban con tanta paciencia los tormentos de los verdugos? ¿Por ventura no eran de carne como nosotros, o eran insensibles al

dolor cuando los desgarraban con uñas de hierro o los quemaban sobre parrillas? No, responde Pedro de Blois, sino que esos mártires no se detenían entonces a considerar sus propias llagas, sino las del Redentor, y así se disminuían los dolores propios; cierto que los tormentos no cesaban de torturarlos, pero los despreciaban por amor de Jesucristo. No hay dolor, por violento que sea, continúa diciendo, que no se soporte de buen grado al contemplar a Jesús clavado en cruz.

Dice el Apóstol que en Cristo hemos sido enriquecidos en todo. Pero quiere el Señor que, para alcanzar las gracias que necesitamos, recurramos siempre a Dios con la oración, pidiéndole se digne oírnos por los méritos de su Hijo, y Jesús nos promete que el Padre, si así lo hiciéremos, nos dará cuanto le pidamos. Los mártires, en la acerbidad de sus dolores, acudían a Dios, y Dios les daba alientos para soportarlos. Al mártir San Teodoto, entre otras crueldades que con él cometieron, le aplicaron a sus frescas llagas pedazos de teja hechos ascua; como tan cruel martirio le causara indecibles dolores, pidió a Jesús fuerza para soportarlo, logrando las que necesitaba para ceñir a sus sienes la palma del martirio.

No perdamos, pues, el ánimo en presencia de los combates que habremos de sostener contra el mundo y el infierno; si acudimos siempre a Jesucristo con la oración, nos alcanzará toda suerte de bienes, la paciencia en los trabajos, la perseverancia y, finalmente, la buena muerte.

III. La pasión del Salvador nos da fuerza para soportar los combates de la agonía

Grandes son las luchas que se padecen en el punto del morir, y sólo Jesucristo puede darnos la constancia para sobrellevarlas paciente y meritoriamente. Grandes son, de modo especial, las tentaciones del infierno, que entonces se esfuerza por perdernos, viéndonos próximos a nuestro fin. Cuenta Reinaldo que San Eleázaro, en el momento de la muerte, sostuvo con los demonios horrorosa batalla, con todo y haber vivido tan santa vida, hasta el punto que luego decía: «Grandes son entonces las tentaciones del infierno, que pierden su violencia por la eficacia y merecimientos de la pasión de Jesucristo». Por eso anhelaba San Francisco que le leyeran, al morir, la pasión del Redentor, y por eso también San Carlos Borromeo, viéndose próximo a la muerte, ordenó que le pusieran alrededor varias imágenes de la pasión, a vista de las cuales quiso que expirara su bendita alma.

Escribe San Pablo que Jesucristo quiso morir *para destruir por medio de la muerte al que tenía el señorío de la muerte, esto es, al diablo, y libertar a todos aquellos que con el miedo de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a esclavitud*. Y añade: *Pues por cuanto El mismo fue probado con lo que padeció, puede socorrer a los que son probados*. Quiso, por ende, revestirse de todas las condiciones y pasiones de la humana naturaleza, excepción hecha del pecado, la ignorancia y la concupiscencia; mas ¿para qué? *Para ser compasivo*, es decir, para que, experimentando sobre sí nuestras miserias, sintiera mayor compasión de nosotros, ya que más se conocen las miserias experimentándolas que considerándolas, y así

sería más fácil en socorrernos cuando nos viese tentados en la vida, y en especial en la hora de la muerte. A esto alude la sentencia de San Agustín que dice: «Si en la hora de la muerte te sientes turbado, no por eso te creas reprobado ni te dejes arrastrar por la desesperación, ya que Cristo se turbó en presencia de la muerte».

En la hora de la muerte, el infierno pondrá en movimiento todas sus legiones para hacernos desconfiar de la misericordia divina, trayéndonos a la memoria todos los pecados de nuestra vida; pero la memoria de la muerte de Jesucristo nos animará a confiar en sus méritos y a no temer a la muerte. Comentando Santo Tomás el texto de San Pablo arriba citado, dice: «Cristo, con su muerte, nos quitó el temor de la muerte, porque, cuando considera el hombre que el Hijo de Dios quiso morir, tampoco teme él la muerte». Cuando consideramos que el Hijo de Dios quiso morir para alcanzarnos el perdón de los pecados, se desvanece el temor de morir y hasta se desea la muerte. La muerte es, para los incrédulos, motivo de grandes temores, pues la miran como el fin de todos los bienes de que disfrutaban; pero para nosotros la muerte de Jesucristo es firme seguridad de alcanzar la vida eterna, siempre que fallezcamos en gracia de Dios. San Pablo nos da de ello firme seguridad, al decir que *quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todo lo entregó, ¿cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* Dice que *nos dará de gracia todas las cosas*, por lo que, dándonos a Jesucristo, nos otorga el perdón, la perseverancia final, su amor, una buena muerte, la vida eterna y todo bien.

Cuando el demonio pretenda turbarnos durante la vida y en la hora de la muerte recordándonos los pe-

cados de nuestra juventud, respondámosle con San Bernardo: «Lo que a mí me falta para entrar en el paraíso, lo tomo de los méritos de Jesucristo, que quiso padecer y morir cabalmente para conquistarme la gloria eterna, que yo no merecía». De mucho consuelo son para nosotros, pecadores, estas palabras del Apóstol: *Dios es quien justifica; ¿quién será el que condene?* Dios es quien perdona a los pecadores y los justifica con su gracia; pues bien, si Dios nos justifica, ¿quién nos podrá condenar como reos? *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió. ¿Es que nos condenará Jesucristo, que para no condenarnos se entregó a sí mismo por nuestros pecados, a fin de arrancarnos de este siglo perverso?*

El cargó con nuestros pecados y se ofreció a sí mismo a la muerte para librarnos de este mundo maligno y conducirnos con El a su reino, donde, como prosigue el Apóstol, ejerce todavía el oficio de abogado que intercede por nosotros ante el Padre. Santo Tomás explica la expresión *intercede por nosotros*, diciendo que, en el cielo, Jesucristo aboga por nuestra causa mostrando al Eterno Padre las llagas sufridas por nuestro amor. Y San Gregorio no duda en afirmar, cosa en que algunos ponen no pocos reparos, que el Redentor, precisamente en cuanto hombre, aun después de su muerte, ruega por la Iglesia militante, que se compone de todos los fieles. Y antes dijo lo propio San Gregorio Nacianceno y San Agustín, al afirmar que Jesucristo ruega por nosotros en el cielo no con el fin de impetrarnos nuevas gracias, puesto que mientras vivió en la tierra nos alcanzó cuantas debía lograr, sino que ruega en cuanto exige del Padre, por sus merecimientos, nuestra salvación, ya prometida y alcanzada. Y, si bien el Padre comunicó a Cristo todo su poder, este poder, en cuanto

hombre, sólo lo ejerce con dependencia de Dios. Por lo demás, la Iglesia no acostumbra a pedir a Cristo que interceda por nosotros, porque reconoce en El lo que tiene de más noble y de más digno, es decir, la divinidad, y por eso le suplica que, como Dios, le conceda lo que le pide.

IV. De la confianza que debemos tener en Jesucristo

Insistamos en la confianza que debemos tener en Jesucristo respecto a nuestra salvación. San Agustín prosigue animándonos cuando nos dice que el Señor, que nos libró de la muerte derramando toda su sangre, no quiere nuestra perdición, y que, si nuestros pecados nos separan de Dios y nos hacen acreedores a ser de El menospreciados, nuestro Salvador, por el contrario, no sabrá menospreciar el precio de la sangre por nosotros derramada. Sigamos, pues, confiadamente el consejo de San Pablo: *Por tanto..., corramos por medio de la paciencia la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz sin tener cuenta de la confusión. Dice corramos por medio de la paciencia, porque de poco nos servirá haber comenzado bien si no seguimos combatiendo hasta el fin, y sólo alcanzaremos la victoria y la corona prometida al vencedor si perseveramos combatiendo con paciencia.*

Esta paciencia nos servirá también de coraza que nos defenderá de los golpes de nuestros enemigos; mas ¿cómo la lograremos? *Fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús,* responde el Apóstol; si en la lucha miramos a Jesús crucificado,

como aconseja San Agustín, el cual despreció todos los bienes de la tierra para enseñarnos a despreciarlos y a no buscar en ellos nuestra felicidad; y, por el contrario quiso soportar todos los males del mundo para enseñarnos a sobrellevarlos con su ejemplo, sin temer las desgracias que nos pudieran acarrear. Por eso quiso sujetarse a todas nuestras miserias, a la pobreza, al hambre, a la sed, a las flaquezas, a las ignominias, a los dolores y hasta a la muerte de cruz.

Luego con su gloriosa resurrección quiso alentarnos a no temer la muerte, porque, si le somos fieles hasta exhalar el postrer suspiro, lograremos la vida eterna, que nos libra de todos los males y nos colma de toda suerte de bienes. Esto significan las palabras citadas del Apóstol, *iniciador y consumidor de la fe, Jesús*: porque, así como es el autor de la fe, enseñándonos lo que debemos creer y dándonos a la vez la gracia de creerlo, así también es el consumidor de la fe, prometiéndonos llevar un día a gozar de la vida eterna, que ahora nos enseña a creer. Y para que nos aseguremos del amor que nos profesa este nuestro Salvador y de la voluntad que tiene de salvarnos, añade San Pablo: *En vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz*. San Juan Crisóstomo explica estas palabras, diciendo que Jesucristo podía salvarnos viviendo en el mundo vida feliz y dichosa, pero, para asegurarnos más del afecto que nos profesa, eligió vida y muerte llenas de sinsabores, muriendo en una cruz, con fama de malhechor.

Almas amantes del Crucificado, esforcémonos por amar cuanto podamos a este nuestro amable Redentor y padecer por El, ya que tanto quiso padecer por nuestro amor, y no nos cansemos de pedirle que nos conceda el don de su santo amor. ¡Tanto más felices seríamos cuanto mayor fuera el amor que a Jesucris-

to profesáramos! El gran siervo de Dios venerable P. Vicente Carafa decía en cierta carta a unos jóvenes estudiosos y devotos: «Para reformar toda nuestra vida bastaría poner grán empeño en ejercitarnos en el amor divino; cuando éste entra en un corazón y se enseñorea de él, lo purifica de todo amor desordenado y lo torna de súbito obediente y puro». «Y el corazón se torna puro —dice San Agustín— cuando está vacío de todo afecto terreno». Y San Bernardo añade: «El que ama, ama y nada más desea»; queriendo con esto decir que quien ama a Dios nada más desea que amarlo y destierra del corazón todo lo que no sea Dios. De aquí resulta que el corazón vacío se llena luego, pero de Dios, que lleva consigo toda suerte de bienes. Entonces es cuando los bienes terrenos se retiran del corazón y no lo fuerzan, pues no hallan en él lugar apropiado. ¿Qué influencia pueden tener sobre nosotros los placeres de la tierra, si gozamos de las divinas consolaciones? ¿Qué imperio la ambición de los vanos honores y el deseo de las riquezas terrenas, si somos honrados con la amistad de Dios y comenzamos a poseer las riquezas del paraíso? Para conocer, por tanto, el progreso que hacemos en los caminos del Señor, examinemos nuestro progreso en su amor: si durante el día hacemos repetidos actos de amor, si hablamos frecuentemente del amor divino, si procuramos insinuarlo en los demás, si hacemos nuestras devociones únicamente para agradar al Señor, si sufrimos con resignación y alegría todo género de adversidades, enfermedades, dolores, pobreza, desprecios y persecuciones. Dicen los santos del alma que de veras ama a Dios que cada respiración debe ser un acto de amor, porque la vida del alma, tanto en el tiempo como en la eternidad, consiste en amar a Dios, nuestro sumo bien.

Y estemos persuadidos de que nunca llegaremos a un alto grado de amor divino si no es por medio de Jesucristo y si no tenemos especial devoción a su pasión, por medio de la cual nos ganó la divina gracia. Escribe el Apóstol: *Por El tenemos abierta la entrada... al Padre.* Para los pecadores estaría cerrado el camino que nos conduce al trono de la gracia si Jesucristo no nos hubiera abierto la puerta. El, en efecto, nos abre la puerta, El nos introduce al Padre y El, por los méritos de su pasión, nos obtiene del Padre el perdón de los pecados y cuantas gracias recibimos de Dios. ¡Desgraciados de nosotros si nouviésemos a Jesucristo! Y ¿quién podrá alabar bastante y agradecer el amor y la bondad que este buen Redentor tuvo con nosotros, pobres pecadores, cuando quiso morir para librarnos de la muerte eterna? *A duras penas*—dice el Apóstol— *morirá uno por un justo, pues por el bueno tal vez se anime a morir.* Apenas se halla quien quiera morir por un justo, pero Jesucristo, continúa San Pablo, *siendo todavía pecadores..., murió por nosotros.*

De aquí saca el Apóstol la conclusión de que, si estamos resueltos a amar a Jesucristo, debemos esperar de El todo favor y ayuda; y argumenta así: *Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados por Dios por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, seremos salvos en su vida.* Adviertan, pues, quienes aman a Jesucristo, que injurian al amor que nos profesa este nuestro buen Salvador si temen que les haya de negar las gracias necesarias para santificarse y salvarse. Y, a fin de que nuestros pecados no hagan flaquear nuestra confianza, añade San Pablo: *Mas no cual fue el delito, así también fué el don; pues si por el delito de uno solo los que eran muchos murieron, mucho más la gracia de Dios y la*

dádiva de la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se desbordó sobre los que eran muchos. Con lo que nos quiere dar a entender que el don de la gracia que nos ganó el Redentor con su pasión nos trae mayor bien que mal nos trajo el pecado de Adán, porque los méritos de Cristo tienen más poder para atraer sobre nosotros la gracia y amistad de Dios que el pecado de Adán tuvo para excitar la divina cólera. «Mayores ventajas —dice San León— hemos conseguido por la inefable gracia de Cristo, que habíamos perdido por la envidia del demonio».

Terminemos. Almas devotas, amemos a Jesucristo, amemos a ese Redentor, que tanto nos amó y tanto merece ser amado, pues para conquistar nuestro amor ya nada le queda que hacer; basta saber que por amor nuestro quiso morir consumido de dolores en una cruz; y, no contento de ello, quedó en el sacramento de la Eucaristía, donde nos da en alimento el mismo cuerpo que sacrificó por nosotros y nos da a beber su misma sangre, derramada por nosotros en su pasión. Incomprensible sería nuestra ingratitud si le ultrajásemos, pero tampoco sería pequeña si le amásemos con menguado amor y no le consagrásemos todo nuestro amor.

¡Ojalá me fuera dado, Jesús mío, sacrificarme por vos, como vos os sacrificasteis por mí! Ya que tanto me amasteis y obligasteis a amaros, ayudadme a corresponder a tanto afecto, porque sería un monstruo de ingratitud si no os consagrara todos los afectos de mi corazón. Vos me amasteis sin reserva, y a vuestro amor quiero corresponder con el mío. Todo lo dejo, a todo renuncio para entregarme completamente a vos y para no abrigar en el corazón más amor que el vuestro. Recibidme, Dios mío, por favor, sin hacer cuenta de los disgustos que en mi pasada vida os cau-

sé. Mirad que soy una de aquellas ovejuelas por las que derramasteis la sangre. «Rogámoste, Señor, que os acordéis de vuestros siervos, que con vuestra sangre redimisteis». Olvidaos, querido Salvador mío, de las ofensas que os causé. Castigadme como queráis, pero apartad tan sólo de mí el castigo de no poder amaros ya, y luego haced de mí lo que pluguiere. Privadme de todo, Jesús mío, pero no me privéis de vos, que sois mi único bien. Dadme a entender lo que de mí queréis, que, ayudado de vuestra gracia, estoy dispuesto a cumplirlo. Haced que de todo me olvide para acordarme sólo de vos y de las penas que por mí padecisteis. Haced que no piense más que en daros gusto y en amaros. ¡Ah!, miradme con aquel amor con que me mirasteis en el Calvario cuando por mí agonizabais en la cruz, y escuchad mis súplicas, que en vos cifro mis esperanzas.

Virgen Santa, Madre y esperanza mía, María, encomendadme a vuestro Hijo y alcanzadme la gracia de amarlo hasta la muerte.

EL VÍA CRUCIS

MERITO Y FRUTOS, HISTORIA E INDULGENCIAS DEL VIA CRUCIS

Vía crucis quiere decir *camino de la cruz*; y se recorre «en memoria de los pasos que dio nuestro redentor Jesucristo caminando al calvario».

Entre lo mucho y siempre bueno y provechoso que los santos y doctores de la Iglesia nos han dicho, sería difícil encontrar nada tan encarecido y recomendado como la memoria de la pasión de Cristo. De la roca del Calvario brota una fuente de vida, y en ella han purificado sus almas y han bebido el agua del amor santificante los cristianos de todos los siglos. «La cruz, dice el abate Bauthier, después de rescatar una vez a la humanidad toda, sigue siendo la salvación de cada hombre en particular».

Jesús lo ha querido así para que el solo recuerdo de su pasión sea ya un manantial de gracias.

TESTIMONIO DE LOS SANTOS

Con haber escuchado San Pablo, estando en éxtasis, palabras divinas, superiores a toda comprensión de hombre, no se gloriaba sino de saber y predicar a Jesucristo clavado en la cruz.

San Agustín pedía a Dios que le dejara leer en las

llagas de Cristo los dolores que por nosotros soportó y el infinito amor que tuvo para cada uno de los hombres.

Ni hallaba San Buenaventura remedio más conducente, en orden a mejorar la vida, lograr aumento de gracias y alcanzar la santidad, que la meditación cotidiana de los padecimientos de nuestro Redentor divino.

En fin, anota el padre Fáber, tan docto en cuestiones espirituales y tan conocedor de las vidas de los siervos de Dios, que «no hay ejemplo de santo alguno que haya estado durante toda su vida de tal manera absorto en alguno de los demás misterios de nuestro Señor que haya olvidado el misterio de la pasión, o no le haya colocado entre sus principales devociones».

ÁRBOL DE LA VIDA

Los doce frutos que vio San Juan, que dava en la celeste Jerusalén el árbol de la vida, es decir, una cosecha de frutos maduros para cada mes del año, los recogemos nosotros acá en la tierra del árbol de la cruz, regado por el agua y por la sangre del costado sacrosanto de Jesús; y vamos a verlo.

I. *Fruto de paciencia en los trabajos.* Jesucristo en su pasión es el maestro único del sufrimiento. Entera paciencia fue la suya; absoluta conformidad, omnimoda resignación, total entrega de sí mismo para el sacrificio. Contemplando a Jesucristo hallamos bien pronto que nuestra cruz y nuestras heridas son siempre suaves y ligeras; puestas en comparación con la cruz acerba y las llagas crueles del Salvador. Y si no hemos de querer hacernos sordos, aprenderemos lo

que nos dice San Francisco de Sales: que todas las llagas de Cristo son otras tantas bocas que nos predicán el modo como debemos sufrir por su amor.

II. *Fruto de arrepentimiento del pecado*; supuesto que este fue el motivo de haber padecido nuestro Salvador los tormentos atroces de la cruz y la muerte más amarga. Con razón pone el Santo P. Claret en la boca del alma arrepentida y que mira a Jesús crucificado, esta reflexión: «¿Podré pensar que mis culpas os han reducido a este estado y no llorar siempre el haberos ofendido?»

IV. *Fruto de confianza*; y confianza muy grande; porque sabemos cierto que si el Hijo amado, en quien el Padre tanto se ha complacido, se sacrificó a sí mismo por nuestro bien, ninguna otra cosa que haya de convenirnos para la salvación habrá de negarnos. «¡Oh, Señor de mi alma y bien mío, Jesucristo crucificado!, exclama Santa Teresa... ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?» Todo, sí, absolutamente todo podemos esperararlo a los pies de Jesús crucificado. Muy bien escribía San Agustín: «Entre todos mis trabajos y tribulaciones no he hallado tan eficaz remedio como las llagas de Cristo; en ellas duermo seguro y descanso sin temor... Las llagas de Jesucristo están llenas de misericordia, de piedad, de dulzura y caridad».

V. *Fruto de agradecimiento*. Miremos a Cristo pendiente de la cruz y ponderemos que, a pesar de ser los hombres indignos de sus beneficios, por todos ellos sufrió tanto el Señor y soportó tales tormentos que ninguna criatura se hubiera atrevido ni siquiera a pensarlo. En una ocasión encontraron a San Francisco de Asís llorando sin consuelo, y como le preguntaron la causa, respondió: «Lloro porque veo a un Dios sufriendo y cubierto de oprobios; y lloro porque veo la

ingratitude de los hombres, que no le aman y le olvidan». Conviene tanto meditar en los misterios de la sagrada pasión de Jesús y agradecerlos, que el mismo Señor dijo a Santa Matilde: «El que muestra agradecimiento por los dolores que padecí en la cruz, me presta tan gran servicio como si hubiera derramado bálsamo en mis heridas».

VI. *Fruto de enmienda de la vida.* A la verdad no cabe en corazón creyente contemplar al Hijo de Dios, que padece y muere por librarnos de la condenación y darnos vida feliz y eterna, no cabe eso, y, a pesar de todo, seguir ofendiéndole con nuevos pecados. Tenían esto los santos muy sobre su alma, y el beato Juan de Avila escribía a un caballero: «No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros, para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció». Y de esta misma consideración de los padecimientos del Señor, decía el venerable padre maestro Fray Luis de Granada: «Es cierto que este santo ejercicio ayuda grandemente para encaminar un ánima en todo bien».

VII. *Fruto de fortaleza.* Todos los días necesitamos resistir a los enemigos de Dios y nuestros; pero nos animaremos y esforcaremos a ello, considerando que nuestro Salvador los venció a todos y para siempre en la cruz. San Felipe Neri «fue objeto de fuertes tentaciones por parte del demonio. Satanás le perseguía hasta visiblemente; pero él le ahuyentaba sin hacer más que mostrarle su crucifijo». Todos los días nos es indispensable también sufrir, y la cruz es la que da fortaleza. «El noble almirante d'Urville, muerto en Tolón el 24 de marzo de 1879, en un exceso de gran dolor, enseñaba a un miembro de su familia el crucifijo, que llevaba constantemente consigo,

diciendo: «Quisiera que los que tienen la desdicha de no creer estuviesen aquí; les enseñaría que en este recurso hay una fortaleza que no da ningún otro de cuantos recursos pueda haber».

VIII. *Fruto de generosidad.* Nada infunde tantos alientos para ejecutar obras grandes y duraderas de virtud, nada como la inmensa bondad con que Jesucristo se ofreció por nosotros. No hay ninguna cosa, asegura San Buenaventura, que apresure tanto nuestros pasos en el camino del bien ni que nos haga llegar tan pronto al término de la santificación, como el considerar atentamente los padecimientos de Cristo.

IX. *Fruto de perseverancia;* porque Jesús no quiso descender de la cruz; la había llevado siempre sobre su corazón; resucitado, conserva sus llagas adorables y gloriosas a fin de enseñarnos que aceptemos la cruz, y nunca nos separemos y la llevemos hasta morir en ella, para reinar por ella con el mismo Cristo y con sus santos.

X. *Fruto de amor a la Virgen santísima;* porque la vemos acompañando a Jesús en sus penas, siguiendo los pasos de El por el camino del calvario, constituida corredentora del mundo y hecha madre de los hombres por la palabra de Cristo moribundo; entonces, felices de nosotros, no podemos menos de amarla. Largas horas pasaba San Gabriel de la Dolorosa abismado y como trasfigurado en la contemplación de los dolores de la Virgen. Cuando hablaba de ellos, porrumpía en llanto y hacía llorar a los que le escuchaban. En la pasión del Salvador y en los dolores del corazón de María cifró su santificación y, por cierto, la alcanzó en breve tiempo. Vivió con una tranquilidad dulcísima acerca de la salud eterna de su alma, y dio el último suspiro recreado por la presencia de la Virgen santísima, su madre muy querida. No perda-

mos este fruto preciosísimo, recogido al pie de la cruz, es decir, el afecto filial a la Virgen de los Dolores. Esta devoción es eminentemente santificadora, por cuanto inspira un amor tierno y generoso hacia nuestra madre celestial. Cuando tal sentimiento es sincero, nos comunica tranquilidad en los trabajos, y hasta llega a poner una especie de dulzura íntima y consoladora en los sacrificios soportados a la sombra del manto de nuestra Madre Dolorosa.

XI. *Fruto de caridad para con los prójimos.* A procurar hacerles bien y a mirar, sobre todo, por que consigan la gloria, nos despierta el considerar que Jesucristo los ha redimido, nada menos, que a costa de toda su sangre. Escuchemos muchas veces a Jesús crucificado, que pide perdón a su Padre en favor de los pecadores; que no tarda en abrir las puertas del paraíso a un corazón creyente y arrepentido; y que, además, significa por medio de aquella ardiente palabra suya en la cruz: «Sed tengo», el ansia amorosísima de su corazón en cuanto a que todos los hijos de Adán se aprovechen de su pasión y muerte. Con caridad tan grande y verdadera desea Jesucristo que amemos a nuestros prójimos.

XII. *Fruto de amor divino;* el cual fruto contiene en sí los labores de todos los demás frutos; porque el amor de Dios encierra todo lo bueno que existe en el cielo y en la tierra. No hay ojos cristianos que, fijándose en el Señor, clavado en la cruz, no acaben por llenarse de lágrimas; lágrimas que son fiel testimonio del encendido afecto que produce en los corazones la vista de Jesús crucificado. Refiere San Alfonso María de Ligorio, que «un solitario muy devoto pedía a Dios le enseñase qué era lo que debía hacer para amarle perfectamente; y el Señor le manifestó que para llegar a ese grado de perfección no debía practi-

car otro ejercicio que meditar con frecuencia, su pasión». Sabíalo por experiencia San Bernardo, el cual al recordar los padecimientos de Jesús, decía arrebatado de amor: «Esto es lo que acaba de ganarme, esto es lo que atrae mi amor con más dulzura, le exige con mayor justicia, le estrecha con lazos más fuertes y le abraza con más ardor y vehemencia». «Alma mía, exclama el Santo padre Claret, levanta los ojos y mira a Jesús crucificado. Mira el Cordero divino sacrificado ya sobre aquel altar de dolores, es el Hijo muy amado del eterno Padre, que ha muerto por el amor que te tenía. Repara como tiene los brazos extendidos para acogerte, la cabeza inclinada para darte ósculo de paz, el costado abierto para admitirte en su corazón... ¡Oh, amor del alma mía...! ¿Cómo podré veros muerto y pendiente de ese madero y no amaros con todas mis fuerzas?»

El buen cristiano jamás se cansa de recoger estos frutos tan abundantes, ricos y substanciosos para el alma. Por ser ellos nacidos del árbol duro y áspero de la cruz, tal vez al principio se presenten con algo de amargura; después, empero, y a medida que se van gustando, «aumentan las fuerzas, purifican la sangre y refrescan las fuentes de la vida.

PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Y si de la pasión de Jesucristo conviene, en general, dejar asentado y en firme lo que acabamos de insinuar, no hay duda que la realidad se muestra más viva desde que todo eso lo referimos al ejercicio del vía crucis. El mero hecho de ir recorriendo las estaciones o de tener, por lo menos, consigo el crucifijo mientras se reza, concentra mucho la atención y

alumbra el pensamiento por una cierta realidad que percibimos y que se hace sentir mejor que nunca la compañía que hacemos al buen Jesús y la participación que tomamos en sus penas a lo largo del camino del Calvario; de donde resulta obvio suponer que los afectos se despiertan y se levantan más entendidos, y la voluntad se determina a ejecutar obras dignas de cristiano con mayor eficacia y garantías de verdad y solidez.

CONFIRMACION HISTORICA

Señálase el vía crucis como nota inequívoca de la piedad en los pueblos. Donde quiera que la religión católica se ha cultivado ordenada y seriamente, ha surgido la devoción del vía crucis, como la flor de la pasionaria en su propio clima. Por citar aquí un ejemplo menos conocido, del país holandés, recuerda monseñor Tilhamer Tolth, que es allí una de las prácticas más frecuentes; los sábados, añade, son «muchísimos los fieles» que recorren las estaciones, poseídos de visible recogimiento y luego de haberse confesado.

Fuera del recinto de las iglesias, la fe ha encontrado sabroso pábulo en los llamados «calvarios», o sea, «crucifijos y capillas puestas sobre un otero o un cerro, o una elevación del terreno artificial, cerca de una población, adonde acuden los fieles cristianos... a contemplar los pasos de la pasión, cuyas imágenes se ofrecen en dichas capillas. De ordinario, los crucifijos son en número de tres, alusivos a Jesús y al *bueno y mal ladrón*. Desde la población a dicho lugar (vía crucis) se hallan distribuidas también cruces o capillitas con representación de los misterios de la

pasión. Son de ordinario en número de catorce, y se las conoce por el nombre de *estaciones*».

Es conveniente y grato para el espíritu el recorrerlas, meditando de camino las penas de Jesús. «San Francisco de Asís quiso saber el medio más eficaz para salvar el alma y rogaba fervientemente a Dios que le diera a conocer ese medio. Al instante oyó una voz que le decía: “Abre el misal y lee”. El santo abrió el misal y su mirada se detuvo en las palabras: “Passio Domini nostri Jesu Christi” (la pasión de Nuestro Señor Jesucristo). Abrió el misal por segunda y tercera vez, y siempre se encontraba con las mismas palabras. Desde aquel momento, hacía el santo con frecuencia el vía crucis, y nunca cesaba de meditar en la pasión y muerte de Jesucristo».

ENTRE NOSOTROS

Ha conservado la historia conmovedores ejemplos de devoción al vía crucis. Desde tiempo inmemorial se acostumbraba en ciertos días señalados, como los de la Semana Santa, recorrer las estaciones y, a la vez, practicar extraordinarias penitencias, como de azotes y cadenas, o sostener los brazos el mayor tiempo extendidos en cruz. Asimismo, cuando llega el trance de rogar por apremiantes necesidades de la Iglesia y de la Patria, se celebra un vía crucis que dura sobre dos horas, y las personas que concurren cargan, en tanto, encima de los hombros pesadas cruces de madera.

El historiador y jurisconsulto Juan Pablo Restrepo, en su vida «integérrima y santa, hacía todos los días el ejercicio del vía crucis». Carlos E. Restrepo, presidente de Colombia y hombre de una «conciencia

cia siempre alerta, vigilante y sometida rigurosamente a la ley de Dios», acostumbraba todos los días, antes de penetrar en su despacho para emprender el trabajo, hacer el vía crucis. Contábase también esta admirable devoción entre las preferidas del cristianísimo presidente colombiano Marco Fidel Suárez; cuando le era factible tomaba para ella las horas de la tarde, en la dulce penumbra en el silencio íntimo de la recoleta de Sant Diego; y puso su pluma de oro en la composición de unas devotas plegarias para ir recitando en el decurso de las estaciones. Tarea que de igual modo había hecho suya el poeta de «numen poderoso y fuerte», cantor de la Patria, José Joaquín Ortíz.

INDULGENCIAS

A las ventajas y a los ejemplos antedichos urge añadir el lucro de las indulgencias concedidas por la Iglesia al vía crucis. Indulgencia plenaria por cada vez que se practique. Si el mismo día se comulga, otra indulgencia plenaria. Si por causa justa no se completa el recorrido de las estaciones, gánanse diez años de indulgencia por cada una de las estaciones que se alcanzaron a recorrer.

Cuando por viaje, por enfermedad, por estancia en lugares apartados, o por cualquier impedimento que justifique el no salir de casa, se hace moralmente impracticable el vía crucis, de la manera acostumbrada, se ganan las indulgencias rezando, devotamente y con el corazón contrito, catorce padrenuestros, avemarías y glorias, correspondientes a las catorce estaciones; cinco más, a las cinco llagas de Jesús; y otro, a intención del Sumo Pontífice. Requiere al mismo

tiempo tener en la mano un crucifijo especialmente bendecido para esos casos; pero, si algún razonable motivo impide el que se mantenga así el crucifijo, basta llevarlo consigo de cualquier modo; por ejemplo, pendiente del pecho, guardado en el bolsillo, puesto sobre las rodillas. Dado que se haga el ejercicio entre varias personas, basta un solo crucifijo.

Los enfermos que no pueden practicar el vía crucis en ninguna de las formas dichas, logran las indulgencias mirando o besando el crucifijo con ánimo devoto y arrepentido y diciendo alguna breve plegaria alusiva a la pasión y muerte del Señor; así, por ejemplo: «Adorámosle, Cristo, y bendecímoste, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo»; que si ni eso pueden rezar, les bastaría que solamente mirasen y besasen el predicho crucifijo. Tan grande es la compasión y generosidad de nuestra santa madre la Iglesia. Y con gusto lo consignamos, ya que este vía crucis que hoy ofrecemos sale particularmente dedicado a las almas que sufren, y no son entre ellas las menos numerosas aquellas a quienes la enfermedad ha visitado.

Añadiremos, a propósito de indulgencias, que la bienaventurada Catalina Emmerich tenía frecuentes revelaciones, y declara ella que muchas veces se le aparecían almas del purgatorio rogándole que hiciera, para aliviarlas, el vía crucis. Practiquémoslo nosotros también frecuentemente, ya en sufragio de los queridos difuntos, ya por nuestras propias necesidades.

«MURIO POR MI»

Al concluir el vía crucis, llevémonos impresa en la memoria esta expresión tan breve como de alto significado: «Murió por mí». Y terminamos con el bello episodio que recuerda el meritísimo profesor y escritor Francisco Spirago:

«En el cementerio militar de Nashville, en América del Norte, vio un señor a un extranjero que con lágrimas en los ojos estaba plantando flores alrededor de una tumba. Movido por la curiosidad se acercó a él y le preguntó: “¿Acaso tiene usted aquí algún pariente enterrado?” El extranjero respondió: “No, señor, aquí descansa un buen amigo mío”. Al estallar la guerra civil de 1981, me encontraba en Illinois, y fui llamado a servir. Triste, me despedí de mi esposa y de mis hijos. Mi ansiedad por la familia era grande, pues éramos pobres y no teníamos a nadie que se interesara por nosotros. En el último momento vino éste, mi buen amigo, que aquí descansa, y me dijo: “Tu tienes una familia numerosa que se verá reducida a la miseria si le falta tu sostén. Yo, en cambio, no tengo a nadie de quien cuidar, por eso vengo a ofrecerme como tu sustituto”. Mi amigo me sustituyó, en efecto. En la batalla de Chickmanga fue gravemente herido y poco después murió, entre acerbísimos dolores, en el hospital de Nashville. Yo no pude descansar hasta que he venido aquí a visitar su sepulcro y adornarlo con flores. Desde hace algún tiempo, he estado ahorrando todo el dinero necesario para el viaje.» Entonces el extranjero tomó una tabla en la cual había esta inscripción: «Murió por mí», y la puso sobre la tumba.

Tú también, amado cristiano, tienes un buen amigo que ha dado la vida por tí; ese amigo es Jesucristo,

que por ti murió en la cruz. Tú, en agradecimiento, deberías ir en peregrinación a Jerusalén, al Calvario, al sepulcro del Salvador, a derramar allí tus «lágrimas de gratitud». Más hoy por hoy; para ti es eso materialmente imposible; podrás, no obstante, realizarlo en sentido espiritual, mediante la devoción del vía crucis.

El apóstol San Pablo escribía a los fieles de Galacia, rebosando amor, dulzura y confianza, y con una ponderación que nosotros no acertaríamos a medir: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo hasta morir por mí». Y la verdad es que cada uno puede, en rigor, apropiarse y decir para sí estas palabras infinitamente consoladoras: Jesucristo me amó y se entregó a la muerte por mí.

PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Ofrecimiento

¡Soberano Señor y Dios mío!, yo consagro a vuestra divina Majestad lo que en este santo ejercicio, caminando tras las sangrientas huellas de mi Redentor Jesús, rezare y meditare. Todo lo ofrezco por la intención, fines y motivos que tuvieron los sumos pontífices al conceder las indulgencias que pretendo y esperero ganar; y asimismo por la remisión de mis pecados y de las penas merecidas por ellos; y por el descanso de las benditas almas del purgatorio, según el orden de caridad y justicia, o como sea más del agrado de vuestra Majestad.

Finalmente, Señor, deseo rogaros por la exaltación

de la fe católica, por la paz y concordia entre las naciones cristianas, por la extirpación de las herejías, por la conversión de los infieles y pecadores, por el remedio de todas mis necesidades y el socorro de mis allegados; y para que deis consuelo a los que en esta hora sufren angustias, enfermedades, tentaciones o cualquiera clase de pena y trabajo; hacedlos participantes a todos, Dios mío, del alivio de la paciencia, del gozo de la conformidad y de la corona de los merecimientos y de la gloria.

¡Oh, María, madre afligidísima, que con el corazón herido con espada de dolor, fuiste acompañando a tu divino Hijo en el camino del Calvario y estuviste de pie junto a la cruz!, dignate permitir que yo también te acompañe y siga los pasos de Jesús en este piadoso ejercicio del vía crucis, y llena ahora, a mi alma arrepen-tida, de los mismos sentimientos que penetraron tu espíritu y le hicieron semejante al Corazón santísimo de Jesús en la tarde del viernes santo. Amén.

Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos; porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

(Tres años de indulgencia).

Alabada sea la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su santísima Madre. Amén.

Madre llena de aflixión
de Jesucristo las llagas
grabad en mi corazón.

PRIMERA ESTACION

Jesús es sentenciado a muerte



*Sellados los labios,
la frente rendida,
espera maniatado el Juez eterno
ante el juez de un día.*

*Pudiera anonadarle, -y mudo escuha
la sentencia inicua.*

¡Oh, Jesús pacientísimo!, os adoro por la conformidad con que oísteis aquella sentencia, que tan injustamente os condenaba a morir en cruz. La turba seducida clamaba contra vos, y Pilatos, por miedo y por interés, cedía ante la iniquidad de vuestros enemigos... Vos, empero, Salvador mío, en el fondo de vuestro corazón escuchábais la voz de vuestro Padre celestial, y conocíais que su voluntad era el que aceptaseis la muerte para salvarnos a todos. La voluntad del Padre era la vuestra, y debe ser también la mía. ¡Oh, Jesús!, en unión vuestra deseo conformarme con todo lo que el Padre tenga dispuesto sobre mí. Quiero sufrir con vos, Redentor mío, en prueba de que os amo y en expiación de los pecados con que hasta hoy os he ofendido.

SEGUNDA ESTACION

Jesús es cargado con la cruz



*¡La cruz! La ve venir... sabe que en ella
ha de rendir el alma...
mas al sayón que se la muestra, mira
con suavidad divinamente mansa.*

¡Divino Redentor!, por mucho que a mi flaqueza humana duela, llega la hora de sentir sobre mis hombros el peso de la cruz del sufrimiento. Con qué voluntad tan generosa, con qué paciencia tan dulce, con qué resolución y gozo de vuestro corazón, recibísteis, ¡oh, Jesús mío!, la cruz, que os presentaban los sayones; la tomásteis entre vuestros brazos y la cargásteis sobre vuestros hombros doloridos. Desde entonces tenemos todos que ir siguiendo vuestros pasos, cargado cada uno con su cruz. ¡Oh, Salvador mío!, la cruz que ahora padezco, vos me la dais: ¿cómo no he de padecer con alegría, si vuestra sangre derramada en la pasión ha ungido y suavizado la cruz que en este día me ofrecéis?

TERCERA ESTACION

Jesús cae la primera vez



*A los pocos pasos
se desploma en tierra...
Han cedido al peso
las rodillas trémulas...*

Jesús dulcísimo!, no he de ocultaros lo difícil que se me hace llevar esta cruz que siento sobre mí. Mi alma desea seguirlos por el camino del Calvario. Pero el corazón y la carne desfallecen. Vos caísteis bajo el peso del santo madero y sufrísteis aquel tormento, para merecerme nuevas gracias, con las cuales mi espíritu se reanime y no quede yo rendido debajo del peso de mis padecimientos. ¡Sostenedme, oh Jesús; y si decae mi paciencia en el sufrir, dadme la mano, para que presto y con alegre resignación me levante! ¡No me desamparéis, oh Jesús, caído por mí amor; en vos pongo desde ahora mi esperanza!

CUARTA ESTACION

Jesús encuentra a su Madre en la calle de la amargura



*Más cómo no buscarle si era su madre...
El no dijo palabra.
Frente a frente se hallaron de improviso.
Y ella sólo: ¡Hijo mío!*

¡Eternamente alabada sea, Jesús mío, la providencia de vuestro Padre celestial, que tan pronto en el duro camino del Calvario, dispuso que saliera a vuestro encuentro y os acompañara hasta el fin vuestra dulcísima Madre! Ella os contempló agobiado de trabajos; vos la mirásteis a ella transida de aflicción; y si para vos fue un consuelo indecible el ver aquella fidelidad de su amor, que nunca os abandonaba; también fue para vuestra Madre el más grande alivio padecer a vuestro lado.

¡Oh, Madre dolorísima, constituida desde entonces consoladora de los afligidos!, venid a encontrarme en mi calle de amargura. Si vos estáis cerca de mí, estos trabajos que voy pasando ya no serán para mi cansado corazón calle de amargura, sino de esperanza y de consuelo.

QUINTA ESTACION

El Cireneo lleva la cruz de Jesús



*En el cielo los ángeles se miran
y le envidian su suerte
¡Oh, si supieran el don de Dios...! De súbito
la luz brilla, y comprende
... cuando sobre él se fijan
unos divinos ojos que agradecen.*

¿Cuándo me convenceré, Salvador mío amantísimo, de que es a mí a quien me corresponde cargar con la cruz, y no a vos?... ¡Señor!, soy pecador; tened piedad de mí. Perdonadme mis faltas de paciencia y de conformidad y mis pecados de soberbia y rebeldía. Tal vez el Cireneo, al primer impulso, se resistió a tomar vuestra cruz; no obstante, luego se sometió y fue dichoso. La cruz que a mí me dais y que, sin duda, encuentro dolorosa, purificará mi alma de muchas culpas, abreviará más tarde el tiempo que me espera de purgatorio y me granjeará inestimables méritos para la gloria. ¡Oh, Dios mío y Salvador mío!, ya no me negaré a tomar sobre mis hombros vuestra cruz; sólo os pido que me permitáis caminar con ella siguiendo vuestros pasos, como el Cireneo, por todo el tiempo que vuestra providencia se dignare disponer.

SEXTA ESTACION

Jesús imprime su rostro en el velo de la Verónica



*En la blanca tersura de su velo
le ha dado El su rostro,
su rostro divino,
abiertos los ojos.*

¡Oh, Jesús mío!, cuán a la letra se cumple aquí lo que había predicho vuestro profeta: «No hay en él hermosura... le vimos despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos» ... Así os miró la piadosa Verónica y, movida de compasión, se llevó a enjugaros el rostro con un lienzo. ¡Dichosa ella que en aquel mismo lienzo se llevó impresa vuestra imagen adorable! ¡Cuántos beneficios obtendría desde entonces y cuán fijo conservaría en su alma el recuerdo de vuestra presencia! Para mí, si soy cristiano, la dicha celestial, el sumo honor, han de consistir en copiar en mi vida vuestra imagen; y, pues, sois «varón de dolores y que sabe de trabajos», cuando con penas afligís mi alma y con dolencias hacéis que padezca mi cuerpo, entonces labráis en mí vuestra semejanza.

SEPTIMA ESTACION

Jesús cae segunda vez bajo la cruz



*Mientras te contemplan
mis pupilas mudas,
de lágrimas se llenan que son tuyas;
...las que tú vertías,
suprema angustia,
al dar esas caídas por mis culpas...*

¡Ya lo veis, Jesús mío; mi paciencia es muy corta y se me acaba a poco de sufrir; la conformidad de mi espíritu es escasa para soportar las pruebas; casi ninguna la fortaleza de mi corazón, y pronto caigo en tristezas y desaliento! Salvador divino, cuánto confunde mi flaqueza el amor con que quisisteis padecer las angustias y la humillación de la segunda caída. Vos sois la fortaleza del Padre, el soberano del universo, el dueño de la vida y de la muerte; y sin embargo, os veo caído de nuevo en tierra, a fin de librarme de sucumbir en la eterna perdición. Fortalecedme, Redentor amabilísimo, ahora más que nunca, para no caer en presencia de los enemigos que buscan la ruina de mi alma. Si vos no me ayudáis desfalleceré.

OCTAVA ESTACION

Jesús instruye a las mujeres de Jerusalén



*Las vio. Sus mudos labios
al paso se abrieron:
ino por mí –murmuraban– por vosotras
llorad, llorad y por los hijos vuestros...!*

A pesar de que los tormentos, ioh, Jesús mío!, crecían sobre vos y la fatiga de vuestro pecho era más grande, os olvidasteis de vuestras penas, para enseñar a las mujeres de Jerusalén, que os seguían llorando, cuál debía ser el motivo principal de sus lágrimas... «No lloréis sobre mí, antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos». Me aflijo yo y me preocupó demasiado por las calamidades temporales, por una enfermedad, por las contrariedades que recibo de los hombres... Jesús mío y maestro mío: si en esta hora de amargura en que estoy, las lágrimas acuden a mis ojos, deseo ofrecéros las por mis pecados. Que no sea yo árbol seco sin frutos dignos de penitencia, destinado al fuego del infierno; antes bien, que, participando ahora de la vida del árbol de la cruz, merezca después el refrigerio y el descanso de la gloria.

NOVENA ESTACION

Cae Jesús por tercera vez



*Tercera vez bajo la cruz... El alma
parece que ya rinde.
En sus labios exangües el aliento
se ahoga y gime.*

¡Jesús mío, quisiera besar la tierra en que vos caísteis y quedó consagrada por vuestras huellas, sudor y sangre! ¿Qué significan, Salvador dulcísimo, estas reiteradas y angustiosas caídas? ¡Ah!, lo sé si me pregunto por qué caigo yo tantas veces en las mismas culpas. Habré entonces de responder que por costumbres estragadas, por pasiones que han logrado echar raíces en mi corazón, y por hábitos viciosos, que fácilmente me inclinan a los mismos desórdenes. Al veros, Jesús mío en tierra por tercera vez, con tan grande abatimiento e ignominia; comprendo mi malicia en no esforzarme por corregir y santificar tantas acciones mías desordenadas. ¡Jesús amantísimo, al veros caído por tercera vez, os prometo trabajar de veras en adelante para mejorar mi vida y aprovechar cristianamente el tiempo que todavía me permitáis llevar a la cruz en este mundo!

DECIMA ESTACION

**Despojan a Jesús de sus vestiduras y le dan a beber
vino mezclado con mirra**



*¡Oh, carne virginal, la que aparece
a la luz desnuda...
desnuda, dolorida y desangrada,
ruborosa y pura!*

Aquí habéis llegado, Salvador amantísimo, al lugar de vuestro sacrificio. Víctima de redención por los pecados de los hombres, antes de subir al altar de la cruz, sois despojado de vuestros vestidos y se os da a beber un vino mezclado con mirra amarguísima. En lo cual me enseñáis que yo debo también ofrecerme en sacrificio de amor para con vos. Por el despojo que padecísteis en vuestro cuerpo sacrosanto y por la amargura horrible que experimentásteis en vuestros labios, siempre dulcísimos para perdonar, enseñar y consolar, haced, ¡oh, Jesús mío!, que no tenga yo otro deseo que el de sufrir por vos y amaros a vos solo sobre todas las cosas de este mundo.

UNDECIMA ESTACION

Jesús es clavado en la cruz



*Tiende la mano que el sayón le pide,
la da para los clavos...
...Seco y brutal, estalla en el silencio
el primer martillazo.*

¡Oh, Redentor mío!, incapaz me confieso de comprender el excesivo tormento que padecistéis al ser clavado en el duro madero de la cruz. Clavos inclementes traspasan de parte a parte vuestras manos y pies. Quedáis inmóvil, rígido y transido de dolor en todo vuestro cuerpo adorable; y cuatro arroyos de sangre brotan de las aberturas hechas por los clavos. No hay dolor como vuestro dolor ni amor como vuestro amor en la cruz. ¿No deberé tener por cierto que son ligeros todos mis sufrimientos en comparación de los vuestros? Grandes o pequeños, largos o pasajeros, mezclados de consuelo o puramente amargos, los dolores de mi alma y los de mi cuerpo, ¡Oh Jesús mío!, los uno a los tormentos que sufristéis al ser crucificado. Miembro soy de vuestro cuerpo místico; quiero sufrir con vos y ofrecer al Padre mi sacrificio de vuestros clavos y de vuestra sangre.

DUODECIMA ESTACION

Jesús muere en la cruz



*¡Hasta el fin nos amaste... que a tus plantas
la humanidad se postre,
y a ti, Dios nuestro, hoy vivo por los siglos,
cante su eterna gratitud y adore!*

Adoremos el supremo holocausto de Jesús. El sol se había eclipsado; la Virgen, el discípulo predilecto, San Juan, la Magdalena penitente y algunas piadosas mujeres, se habían acercado lo más posible a la cruz. Grande silencio reinaba en el Calvario. Jesucristo, pontífice eterno y víctima a un mismo tiempo, había ido pronunciando las últimas palabras de su testamento, cuando a la postre exclamó con voz sonora: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Acojedme, Dios mío y Padre mío, pues ahora si creo firmemente que una vida de sacrificio en unión con Jesucristo hasta la muerte, es para mi alma la prenda más consoladora de un descanso y gozo eterno.

DECIMATERCIA ESTACION

Jesús es desclavado de la cruz y puesto en los brazos de su Madre



*Pasada la tormenta arriba al puerto
la rota nave.
El puerto son tus brazos, dolorosa
divina Madre.*

¡Oh, Virgen Santísima, Madre de los dolores!, esta es la hora en que se cumple con más aguda acerbidad la palabra que os había dicho el anciano Simeón: «Y una espada traspasará tu propia alma». Vuestro dolor es incomprensible, porque ni hombre ni ángel han podido medir el amor de vuestro corazón de madre para con Jesús. Y ahora lo tenéis difunto entre los brazos, y contempláis su cuerpo ensangrentado, sus manos y sus pies cruelmente heridos por los clavos, y el pecho abierto y hasta el corazón traspasado por el golpe inclemente de la lanza. ¡Oh, Madre de los dolores y Madre mía: permitidme que lllore a vuestros pies mis pecados. Reconciliadme con vuestro Hijo que ha muerto por mí. No permitáis que vuelva yo a crucificarle con mis culpas. Dadme una vida santa en mis dolores y ayudándome a sufrir con amor.

DECIMACUARTA ESTACION

Jesús es colocado en el sepulcro



*Manos amigas aromadas de áloe
pías le ungieron, y la Madre puso
en la lívida frente
el largo beso del adiós, el último.*

Ungido el cuerpo santísimo con aromas y envuelto en lienzos, fue conducido al sepulcro y en él piadosamente colocado. La Iglesia nos recuerda en el oficio de la sepultura de Jesús aquellas palabras del profeta: «En paz dormiré...» y reposaré; porque tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza. Concededme, ¡oh, Jesús mío!, por vuestra muerte, dormir en paz y descansar junto a vos. Divino salvador, os adoro en vuestro santo sepulcro. Benditos sean para siempre los dolores de vuestra pasión; y bendita la misericordia con que me hacéis ahora participante de estos mismos santísimos dolores. Yo sé que algún día «dormiré en paz y reposaré, porque vos, ¡oh, Señor!, singularmente me habéis afirmado en la esperanza».

ORACION

¡Oh Dios, que quisisteis santificar el estandarte de la cruz salvadora con la sangre preciosa de tu unigénito Hijo!; te rogamos nos concedas que los que se honran con la misma santa cruz, gocen siempre y en todas partes de tu protección. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

Cinco años de indulgencia. Plenaria al mes, con las acostumbradas condiciones si se ha rezado todos los días devotamente.

INDICE

Prólogo.....	6
Introducción.....	12
Capítulo I. Reflexiones sobre la pasión de Jesucristo en general.....	15
II. De los trabajos particulares que padeció Jesucristo en su pasión.....	27
III. Reflexiones sobre la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión de Jesucristo.....	42
IV. Reflexiones sobre los improperios dirigidos a Jesucristo mientras estaba en la cruz.....	55
V. Reflexiones sobre las siete palabras de Jesucristo en la cruz.....	62
VI. Reflexiones sobre la muerte de Jesucristo y la nuestra.....	82
VII. Reflexiones sobre los prodigios acontecidos en la muerte de Jesucristo.....	89
VIII. Del amor que nos manifestó Jesucristo en su pasión.....	102
IX. Del agradecimiento que debemos a Jesucristo por su pasión.....	110
X. Que debemos poner toda nuestra esperanza en los méritos de Jesucristo.....	117
XI. Que, a invitación de Jesucristo, debemos ejercitarnos en la paciencia para conseguir la salvación eterna.....	144
El Vía Crucis.....	163